

El amor en Borges

Víctor Carreño

Las maneras de sentir de los hombres importan matices innumerables. Gestos e imágenes, palabras y silencios se combinan en ellos en forma visible o invisible, lógica o paradójica. De ahí la dificultad de emitir un juicio sobre la verdad de lo que se siente y se ama, entretrejida en los actos de cada persona. Así nos invitaba a pensar Stendhal en *Del amor*, uno de los libros de más fina y puntual observación psicológica sobre el amor que se hayan escrito. A él acudía mientras trataba de desentrañar los sentimientos cristalizados en las minas de nuestra literatura. Uno de nuestros mejores poetas, en un ensayo penetrante y esclarecedor, caracteriza a Borges como una inteligencia lúcida en la que hay una «gran ausencia: el amor». Si no fuera porque ese poeta se llama Octavio Paz, yo no me sentiría inquieto ni tentado a escribir estas notas. El ensayo, me digo para tranquilizarme un poco, pertenece al libro *Convergencias*, publicado en 1991 y anterior a ese libro fundamental sobre el amor, de Paz también, que lleva por título *La llama doble* (1993)². No es la prime-

ra vez que veo llamar la atención sobre la ausencia del amor en Borges, cuyos textos no suelen tener por tema (ni ahondar en él cuando lo tienen) el amor de la pareja o el amor solitario. Con ser cierto, este argumento matemático no debería aplicarse a la literatura, pues ésta puede expresar la realidad a través de la alusión o deliberada omisión. Sea como fuere, Octavio Paz, después de afirmar la ausencia del amor en la obra de Borges, agrega: «Ni el amor sublime ni el terrestre, ni Dante ni Propercio». Un buen punto de partida. ¿Está verdaderamente ausente el amor en Borges, tanto en su lado sublime como en el terrenal?

Consciente de la variedad y matices de nuestros afectos, Stendhal proponía distinguir cuatro formas fundamentales del amor: el amor pasión, el amor placer, el amor físico y el amor vanidad. Más importante que utilizar esta clasificación es retener lo que Stendhal nos sugiere en su exposición. A lo largo de nuestra vida hay gradaciones en nuestros amores que van de lo físico a lo espiritual, del placer al dolor, de la li-

bertad a la fatalidad. Retengamos esta caracterización del amor que habla de la evolución y la conciencia de nuestra experiencia vital. Para Stendhal esta experiencia se concentró en el amor pasión. En la obra de Borges apenas sí aparece el amor pasión (aunque no fue ajeno a él del todo), ese amor carnal que nos arrastra más allá de nuestra voluntad y nos hace por eso sufrir profundamente. La experiencia que trasluce la literatura borgiana es la de un amor que puede prescindir del contacto físico o que ha renunciado a la posesión³. Más que ignorancia o rechazo del cuerpo, debemos ver en este amor un exilio del alma, un desarraigo del tiempo, una continua despedida del presente y de los seres. En un poema **de Luna de enfrente**, uno de sus primeros libros, Borges hablaba de una «Tarde que socavó nuestro adiós», tarde en la que «El tiempo inevitable se desbordaba/sobre el abrazo inútil» («Una despedida»). Años después, en **El hacedor**, sentimos una atmósfera similar cuando Borges describe otra despedida:

*Y ahora yo busco esa memoria y la miro
y pienso que era falsa y que detrás de la
despedida trivial estaba la infinita separación.*

*(HDelia Elena San Marco)*⁴

En «Two English **poems**» (**El**

otro, **el mismo**) aparecen el final de la noche y sus calles desiertas como imagen de la evanescencia de los seres, de sus dones y de la incapacidad para retenerlos:

*Nights have a habit of mysterious gifts
and refusals, of things*

half given away, half withheld, of

[joys with a dark

hemisphere. Nights act that way,

[/ tell you.

What can / hold you with?

Dificultad para hacer perdurables los seres, pero también búsqueda de aquéllo que perdura tras su ausencia. El de Borges es un amor espiritual. Hay en él una atenuación del recuerdo físico por el recuerdo afectivo, una adhesión a lo perdido en vez de a lo esperado. De un fragmento de «1964» (**El otro, el mismo**) inferimos también la búsqueda de un estado de aceptación y alivio frente a la ausencia: «Sólo me queda el goce de estar triste». Estamos ante un sentimiento de recuperación de lo perdido, un sentimiento de convalecencia espiritual opuesto tanto al sufrimiento penitente como a la auto-compasión (**self-pity**). El mejor ejemplo de este estado en Borges es, me parece, el poema «Posesión del ayer» (**Los conjurados**). Aunque

muy conocido por sus lectores, su cita es obligatoria:

Sé que he perdido tantas cosas que no podría contarlas y que esas perdiciones, ahora, son lo que es mío. Sé que he perdido el amarillo y el negro y pienso en esos imposibles colores como no piensan los que ven. Mi padre ha muerto y está siempre a mi lado. Cuando quiero escan- dir versos de Swinburne, lo hago, me dicen, con su voz. Sólo el que ha muerto es nuestro, sólo es nuestro lo que perdimos. Ilión fue, pero Ilión perdura en el hexá- metro que la plañe. Israel fue cuando era una antigua nostalgia. Todo poema, con el tiempo, es una elegía. Nuestras son las mujeres que nos dejaron, ya no sujetos a la víspera que es zozobra, y a las alar- mas y terrores de la esperanza. No hay otros paraísos que los paraísos perdidos.

Poema de los primeros afectos (los colores del mundo, el padre, la literatura) que son como las aguas que al transcurrir reflejan la natura- leza del paraíso. Un cielo sin espe- ranza, inalterable, como la ilusión del amor.

Intento ahora hablar del amor **pasión sin dramatismos**. Es la pérdida del albedrío en la atracción hacia una **persona que es, por esta razón, capaz** de infundirnos temor y aun temblor: «Siento el pavor de la belleza», dice **Borges en un poema donde celebra** haber cantado la «clara luna volvedora

y las mejillas que apetece el amor» («Casi Juicio Final», *Luna de enfren- te*). Es un sentimiento en el que el dor- lor es más frecuente que el placer, pues acá la intensidad sensorial preva- lece sobre **la experiencia espiritual; un sentimiento**, en fin, que puede transfi- gurar y desplazar la realidad:

*Tú
que ayer sólo eras toda la hermosura
eres también todo el amor. ahora.*
(«Sábados», **Fervor de Buenos Aires**)

A veces el temor del amor pasión proviene de la firme y violenta opo- sición que ejerce contra nuestra vo- luntad, nuestros intereses o nuestras convicciones. Extraeré **unas líneas** de un poema de Borges que se llama nada menos que «El amenazado» (*El oro de los tigres*) y testimonian esta pasión:

*Es el amor. Tendré que ocultarme o que
huir.
Crecen los muros de su cárcel, como en
un sueño atroz. La hermosa máscara ha
cambiado, pero como siempre es la úni-
ca. ¿De qué me servirán mis talismanes:
el ejercicio de las letras, la vaga erudi-
ción, el aprendizaje de las palabras que
usó el áspero Norte para cantar sus ma-
res y sus espadas, la serena amistad, las
galerías de la Biblioteca, las cosas comu-
nes, los hábitos, el joven amor de mi ma-
dre, la sombra militar de mis muertos, la
noche intemporal, el sabor del sueño?*

Estar contigo o no estar contigo es la medida de mi tiempo.

El nombre de una mujer me delata.

Me duele una mujer en todo el cuerpo.

Pero no todos los caminos del amor pasión son escarpados y tenebrosos. También acá el viaje puede coronarse con la visión de la orilla y la luz largo tiempo ansiadas. De estos instantes de unión nos hablan estos fragmentos del cuento de Borges «El Congreso» (*El libro de arena*):

Oh noches, oh compartida y tibia tiniebla, oh el amor que fluye en la sombra como un río secreto, oh aquel momento de la dicha en que cada uno es los dos, oh la inocencia y el candor de la dicha, oh la unión en la que nos perdíamos para perdernos luego en el sueño, oh las primeras claridades del día y yo contemplándola.

Los últimos fragmentos que he citado de Borges son excepcionales, sobre todo **si se piensa en la ausencia del erotismo del cuerpo en su obra y el menosprecio con que llegó a expresarse de aquél.** En su cuento «Tlon, Uqbar, Orbis Tertius» encontramos la conocida frase: «los espejos y la cópula son abominables, **porque multiplican el número de los hombres**». **El universo es una ilu-**

sión, y más aún los espejos y la paternidad, **prolongadores de esta ilusión. Detengámonos en esta idea que no puede considerarse la última palabra de Borges sobre el erotismo.** La condena del cuerpo y del universo por ser ambos una ilusión parece un argumento sacado del budismo, doctrina con la que Borges confesó varias veces una afinidad metafísica. Sin embargo, debemos aquí introducir un matiz. El acto generativo, el acto erótico y el amor son cosas diferentes que pueden o no coincidir. Hecha esta distinción un tanto grosera, debemos admitir que no hay en rigor contradicción entre los textos que condenan la reproducción humana en Borges y los cuentos como «El Congreso» o «Ulrica» (*El libro de arena*) que celebran el acto erótico, celebración admirable si recordamos que corresponde a su vejez.⁵ ¿Nostalgia de la juventud? Mejor será decir saludo y despedida de los últimos años. De esta época es también un poema («Elogio de la sombra», del libro homónimo) en el que Borges elogia la vejez y la dicha que **significa por liberarnos de todo deseo carnal. Pero no sentimos aquí una condena, sino un encuentro consigo mismo, una desposesión de los años vividos que lo reconcilia con la muerte y el destino:**

*La vejez (tal es el nombre que los otros
[le dan])*

*puede ser el tiempo de nuestra dicha.
El animal ha muerto o casi ha muerto.
Quedan el hombre y su alma*

*Días y noches,
entresueños y sueños,
cada ínfimo instante del ayer
y de los ayeres del mundo,
la firme espada del danés y la luna del
[persa,
los actos de los muertos,
el compartido amor, las palabras,
Emerson y la nieve y tantas cosas.
Ahora puedo olvidarlas. Llego a mi
[centro,
a mi álgebra y mi clave,
a mi espejo.
Pronto sabré quién soy.*

Hay, no cabe duda, una religiosidad en el amor que expresa Borges en su obra, pero que está en conflicto con su escepticismo moral y metafísico. Ambas actitudes las condensó en una frase aguda: «Enamorarse es crear una religión cuyo dios es falible» (*Nueve ensayos dantescos*). Igual conflicto se manifiesta en su poema «El amenazado» (*El oro de los tigres*): «Es el amor con sus mitologías, con sus pequeñas magias inútiles». A veces es necesario deshacer el hechizo para matar al amor (sobre todo cuando es imposible y doloroso); así, donde antes encontrábamos sólo perfecciones, ahora descubrimos defectos. Pero proceder

siempre de esta manera nos cierra a la magia del enamoramiento. No es éste el caso de Borges. El amor, sugiere otras veces, es un género fantástico, algo que puede alterar el universo: «Ya no es mágico el mundo. Te han dejado» («1964», *El otro, el mismo*). Pero el amor (intuimos en este poema), con ser una ficción, difiere de los **sueños**, de la literatura y el tiempo en que no se confunde con el universo. Es un instante único y aislado, como la felicidad, pero que le da sentido al tiempo y a la muerte:

*Ya no seré feliz. Tal vez no importa.
Hay tantas otras cosas en el mundo;
Un instante cualquiera es más profundo
Y diverso que el mar. La vida es corta
Y aunque las horas son **tan largas, una**
Oscura maravilla nos acecha,
La muerte, ese otro mar, esa otra flecha
Que nos libra del sol y de la luna
Y del amor. La dicha que me diste
Y me quitaste debe ser borrada;
Lo que era todo **tiene que ser nada.***

La felicidad no es necesariamente lo más importante en la vida de un hombre. El universo nos depara muchos motivos de atención y distracción. Pero, hay una presencia que atenta contra **la magia** del universo: la historia. He aquí el contraste: el universo es ficticio y cambiante, la historia es atroz y a duras **penas soportable**. Entre el sueño y la realidad de la historia, haber **amado es una**

feliz contingencia. Aunque no nos salve, sentimos «casi como un consuelo» la promesa incierta del amor. El recuerdo de haber sido y de volver a ser del paraíso:

¿Hubo un Jardín o fue el Jardín un

[sueño?

Lento en la vaga luz, me he preguntado,

Casi como un consuelo, si el pasado

De que este Adán, hoy mísero, era

[dueño,

No fue sino una mágica impostura

De aquel Dios que soñé. Ya es impreciso

En la memoria el claro Paraíso,

Pero yo sé que perdura,

Aunque no para mí. La terca tierra

Es mi castigo y la incestuosa guerra

De Caínes y Abeles y su cría.

Y sin embargo, es mucho haber amado.

Haber sido feliz, haber tocado

El viviente Jardín, siquiera un día.

(«Adam casi forth», El otro, el mismo)

Borges ha soñado muchas veces con los paraísos perdidos. Ha creído que imaginar el paraíso es de algún modo poseerlo. Su mera posibilidad lo libera. No hay infierno irrevocable para el amor. Paolo y Francesca «Están juntos para la eternidad, comparten el Infierno y eso para Dante tiene que haber sido una suerte de Paraíso» («La Divina Comedia», *Siete noches*). Lo que cuenta del amor es su promesa, el recuerdo del paraíso. Por eso Borges graba en su poema «Inferno V, 129» (*La ci-*

fra) no las circunstancias del suplicio, sino el anterior y perdurable reconocimiento de Paolo y Francesca a través de la llama del amor: «Han descubierto el único tesoro;/han encontrado al otro».

«Aquí llegamos al tema del soneto, que no es el espejo sino el amor, el poderoso amor».

«La poesía», Siete noches.

Quiero considerar la poca recurrencia del amor en la obra de Borges. Debemos ver esto no como una carencia, sino como un pudor expresivo. Borges acepta que hay hombres y creaciones literarias que pueden prescindir del amor. En *Los conjurados* nos ha recordado un ejemplo feliz: Sherlock Holmes. Sin embargo, en *Siete noches* confiesa: «vivir sin amor creo que es imposible». Así pues, Borges tenía que encontrar una manera de conciliar su pudor y su necesidad expresiva frente al amor. Pudor significa distancia. Borges ha envuelto en un velo casi mítico lo que sentía y pensaba sobre el amor. En este sentido, su lectura del Dante en *Nueve ensayos dantescos* es reveladora. Al igual que el Dante, Borges quería tan sólo aludir, a veces omitiendo deliberadamente, a lo más querido, a lo perdido irrecuperablemente. La obra vela esta ausencia y le rinde de esta manera un ho-

menaje: quiere salvar su realidad al convertirla en deseo puro de la ficción. En su ensayo «La última sonrisa de Beatriz» (*Nueve ensayos dantescos*) Borges nos da una clave al respecto:

Yo sospecho que Dante edificó el mejor libro que la literatura ha alcanzado para intercalar algunos encuentros con la irrecuperable Beatriz... En el principio de la Vtta nuova se lee que alguna vez enumeró en una epístola sesenta nombres de mujer para deslizarse entre ellos, secreto, el nombre de Beatriz. Pienso que en la Comedia repitió ese melancólico juego.

Salvando las distancias, Borges, al igual que el Dante, edificó una obra que es una literatura, una relación de mitologías, sueños y símbolos en la que lo esencial es la aparición breve e intercalada de los paraísos perdidos. Octavio Paz niega que haya vínculos entre el amor sublime del Dante y Borges. Es falso e injusto. El vínculo es literario y espiritual. Sospecho que tras la ausencia casi total, apenas aludida, del amor en *Ficciones* se esconde una revelación. En uno de los cuentos de este libro leemos: «*El Jardín de senderos que se bifurcan* es una enorme adivinanza, o parábola, cuyo tema es el tiempo; esa causa recóndita le prohíbe la mención de su nombre». ¿Será *Ficciones* una adivinanza o parábola del amor? En el cuento «La lotería en Babilonia» el mundo es un

«infinito juego de azares»; los sorteos de la lotería son impredecibles, una «jugada feliz» podía significar «encontrar, en la pacífica tiniebla del cuarto, la mujer que empieza a inquietarnos o que no esperábamos rever». El amor, como vemos, no es nombrado. En *Ficciones*, uno de los libros fundamentales de Borges, se adivina, me parece, este secreto: el amor no es ficción, es el azar que puede o no revelar la verdadera realidad. Dicho con las palabras de otro gran escritor contemporáneo e invirtiendo los términos: «La realidad es el amor» (Hermann Broch)⁶. Por encima de la trama de la historia, por encima de la ficción del tiempo y la consunción del deseo se alza la realidad del amor. ¿No era ésta la intuición del joven Borges en «Amorosa anticipación», acaso su mejor poema de amor?:

*Ni la intimidad de tu frente clara como
[una fiesta
ni la costumbre de tu cuerpo, aún
[misterioso y tático y de niña
ni la sucesión de tu vida asumiendo
[palabras o silencios
serán favor tan misterioso
como mirar tu sueño implicado
en la vigilia de mis brazos.
Virgen milagrosamente otra vez por la
[virtud absolutoria del sueño,
quieta y resplandeciente como una dicha
[que la memoria elige,
me darás esa orilla de tu vida que tú
[misma no tienes.*

*Arrojado a quietud,
divisaré esa playa última de tu ser
y te veré por vez primera, quizá,
como Dios ha de verte,
desbaratada la ficción del Tiempo,
sin el amor, sin mí.*

Detengámonos en estos versos reveladores del sentimiento amoroso en Borges. Hablan de un favor más misterioso que la costumbre del cuerpo; ese favor o regalo es alcanzado más allá de la «ficción del Tiempo», más allá de los días parciales. Estos días son la antesala de una epifanía en la que veremos las cosas tal como Dios las ve. Recordemos una frase memorable de Borges: «el estilo del deseo es la eternidad». Vista a la luz del poema anterior, esta frase se convierte en una metáfora de la vida en su continua ascensión hacia un grado más alto de amor; la revelación de los días, la perfección espiritual en la belleza, peldaño tras peldaño, año tras año, forman parte de esta amorosa anticipación. Al final de la escala figurada en el *Banquete* platónico ya no se habla de amor; éste se ha transfigurado en la contemplación de la idea, en el conocimiento de la verdad y la belleza divina. Es la visión silenciosa a la que aspira Borges en este poema, con la diferencia de que es una visión pero también una recuperación de la persona amada en el seno de la divinidad. Ni la soledad

de la pura contemplación platónica ni la unión de los místicos. Es un amor sublime, como el del Dante por Beatriz, suspendido entre la unión y la contemplación. Borges no hace sino anticiparse a esta visión: quizá no suceda. El amor en Borges, he dicho antes, es una contingencia. ¿No es significativa en Borges la idea de un azar que anula el tiempo, ya sea por la sincronía de dos instantes idénticos («Nueva refutación del tiempo»), ya sea por la sincronía de todos los instantes? ¿No es ésta la visión del cuento «El Aleph», que permitió al protagonista afirmar: «vi el engranaje del amor y la modificación de la muerte, vi el Aleph desde todos los puntos»? Pero ni aún aquí hemos prescindido del azar (de la memoria, del olvido, de cuya unión deriva el tiempo). Todo en el mundo es regalo, ha dicho Borges. Todo es una sorpresa que no acaba de cristalizarse

Borges llegó a considerarse pobre de muchas cosas: pobre de valor, de originalidad y, con sereno dolor, pobre de ver. Indigno de muchas cosas se sintió, pero no, llegó a decir en su vejez, del «amor que espero y que no pido». Es una pasión y una espera atemperada en el tiempo, por ello ha renunciado al reproche de su destino y aun de todo destino. Una esperanza que puede prescindir de la recompensa, de la vanidad del hombre («sus triviales dichas y desventu-

ras») y de la desesperación: «Mi humanidad está en sentir que somos voces de una misma penuria». Así decía el joven Borges en un poema donde, en medio de esta pobreza, celebraba su «Jactancia de quietud».

«Sólo el amor, el ignorante amor...». En vano me esfuerzo por definir el amor en Borges. Pero acaso el momento más importante para quien ama sea aquél en que lo invade la ignorancia de su dicha o de su tristeza. Cuando, abandonadas nuestras certezas, nuestras vidas deben recomenzar. Sí, después de todo, es

mejor que se siga considerando a **Borges como un poeta ajeno al amor. Esta palabra ha sido demasiado contaminada por nuestra banalidad y nuestras profanaciones. Hay un saber anterior al conocimiento.**

Es el que guarda el pudor. La poesía de Borges tal vez sea uno de sus refugios. **Se necesita una gracia para acceder al sentimiento en ella arraigado y poco o nada frecuente.** Sobre todo en una época como la nuestra, empobrecida de imaginación, necesitada de estímulos: ignorante de la más alta pasión.



NOTAS

- 1 Octavio Paz, *Convergencias*, Barcelona, Seix Barral, 1991.
- 2 Octavio Paz, *La llama doble*, Barcelona, Seix Barral, 1993.
- 3 En *La llama doble* Octavio Paz cita un texto de Benjamin Peret en el que el poe-

ta surrealista opone al «amor pasión» de Stendhal el «amor sublime» («Le noyau de la cométe», prefacio a la *Anthologie de l'amour sublime*, Paris, 1956). No he podido consultar el ensayo de Peret. Creo, sin embargo, que es lícito señalar

como dos extremos opuestos el amor pasión de Stendhal y el amor espiritual de Borges. No pretendo, por otra parte, dar una definición general de este «amor espiritual». Me atengo a lo que digo y veo en Borges.

- 4 He consultado de Jorge Luis Borges: *Obras completas* (1923-1972), Buenos Aires, Emecé, 1974; *Obras completas* (1975-1985), Buenos Aires, Emecé, 1989.
- 5 El rechazo de la paternidad, además, no pertenece al último Borges: «Pienso en las cosas que pudieron ser y no fueron... El amor que no compartimos... El hijo que no tuve» («Things That Might Have Been», *Historia de la noche*).
- 6 «Esta habitación es irreal; ella no la ha visto», dice Borges en el ya citado poema «El amenazado». El poema «El enamorado» (*Historia de la noche*) es más revelador aún de la afinidad con el Dante. Me

refiero a la edificación de un universo literario cuya ilusión es máscara o pretexto de la pudorosa y única realidad: la de la persona amada. Cito el poema:

*Lunas, marfiles, instrumentos, rosas
Lámparas y la línea de Durero,
Las nueve cifras y el cambiante cero,
Debo fingir que existen esas cosas.
Debo fingir que en el pasado fueron
Persépolis y Roma y que una arena
Sutil midió la suerte de la almena
Que los siglos de hierro deshicieron.
Debo fingir las armas y la pira
De la epopeya y los pesados mares
Que roen de la tierra los pilares.
Debo fingir que hay otros. Es mentira.
Sólo tú eres. Tú, mi desventura
Y mi ventura, inagotable y pura.*

- 7 «Inesperado y elusivo es el mundo, pero su misma contingencia es una riqueza». Esto dice Borges en «El otro Whitman». Ser y amar: la contingencia suprema.